

II

"TIRANO BANDERAS"

I

¿Quién inventó la España de pandereta? Me parece que el romanticismo francés. A inventarla contribuyeron muchos y fuertes ingenios, desde Merimée hasta Gautier.

A los escritores siguieron los caballeros de tela y pinceles. No se debió el invento a mala fe, ni a antipatía, ni a ignorancia, sino a dos de las características del romanticismo: el excesivo amor de lo pintoresco y el excesivo despego de la precisión.

Es decir: la deformación de la realidad, vista por el ojo romántico, y expuesta por la pluma o el pincel de 1830, contribuyó a la creación del cuadro, no destituido de verdad; pero de malísima verdad: la verdad de poco más o menos, ladina y horrenda forma de la mentira.

Estereotipado ya el cuadro en la conciencia francesa, no hubo pobre diablo de gabacho que,

incapaz para más, cegarrita y loro, no se creyera en la obligación de untar sobre la tela policroma su poquito de negro, de rojo, de amarillo y de estupidez.

Todos en él pusisteis vuestras manos.

Ramón del Valle-Inclán ha cumplido con respecto a América la obra de todo el romanticismo francés con respecto a España.

El sólo—tanta es su fuerza—ha creado, en *Tirano Banderas*, una América de pandereta. ¡Muestra el tirano!

No lo movió afán vil ni caricaturesco. Al contrario: rezuma simpatía por todos sus poros la América de Valle-Inclán. Entre los pleitos de la colonia española, partidaria del tirano, a cuya sombra pelecha, y el triste pueblo de léperos, la pluma del escritor—cuarzó de cincuenta kilos de oro—inclina la balanza del lado adonde cae... ¿Y adónde cae? Del lado popular; en el platillo opuesto al platillo que agobian el tirano y su corte estrafalaria y cruenta: esa corte donde culminan un rapabarba, como en la de Luis XI; gente soez y chocarrera, como en la de Fernando VII y prohombres de la colonia española, como en la de Porfirio Díaz.

La pintura del ministro español, en su ambigüedad grotesca, y la de algunos ases hispanos como Don Celes, necio rico, abotargado gachupín, no puede ser ni más lograda ni más cruel.

Me alegro de tal pintura y daré la razón de mi alegría. Parece que a Valle-Inclán en alguno de sus recientes viajes a la República de América que se asemeja más a la fantástica Santa Fe de Tierra Firme, ni el ministro de España ni los paisanos del gran manco de Galicia lo acogieron con palmas que merece embajador de tal proceratura. ¿Por qué? Porque este hombre de conciencia pulcra y visión lontana, porvenirista, llevó a mal, como un día el general Prim, el que España sirviera de comparsa en América, contra sus propios vástagos de aquel continente y en favor de potencias que allí sestean, agazapadas a la orilla de los grandes ríos, en espera de presa, caimanes de ávida mandíbula asesina.

El interés inmediato ciega los ojos que más lejos debían mirar. La agudeza diplomática es a menudo roma. Y las sutilidades que el vulgo aplaude en los hombres de la carrera, ¿qué son muy a menudo sino lugares comunes de maquiavelismo, vulgar repetición de lo aprendido? También hace corvetas el caballo de circo, gracias el perro amaestrado. Para cambiar de ademanes y actitudes precisa cambio de conciencia. Dejemos a los diplomáticos tranquilos. No pidamos peras al olmo. Pero sin pedir peras al olmo, bien pueden saber todos, incluso los fantoches de casacón y espadín, que cuando alguien dispone de una pluma como la de Valle-Inclán, debemos tener con tan peligrosa criatura mucho comedimiento y cor-

tesía. De lo contrario... ¿Cómo no hemos de alegrarnos con *Tirano Banderas*?

Quedamos, pues, en que Valle-Inclán ha creado una América de pandereta, no por desamor a América, sino por obedecer a su espíritu dramático. Aquí no se aduce la simpatía de Valle-Inclán hacia el Nuevo Mundo hispánico sino para insistir en que su creación de una América de pandereta nada tiene que hacer con propósitos hostiles. Ni con las conocidas petulancias, ignorancias y estupideces madrileñas. Muy al contrario. La suya es simpatía de precursor, simpatía de larga vista, aun en contra de los intereses aparentes y próximos de España. Por lo demás, puede una obra chorrear odio contra un país o una raza y ser, en los dominios del arte puro, excelsa.

II

Habrá quien no dipute el bronco *Tirano Banderas* por una de las mejores obras de Valle-Inclán. Siempre será una de las más curiosas. El autor—buen romántico—fantaseó tiranos, revoluciones y países de camelo, por encima y por fuera de la modesta realidad de todos los días. Con todo, ¡qué libro! *Tirano Banderas* ha sido estado donde el poeta halló terreno propicio a su actitud, como el potro en la pampa.

El arte de Valle-Inclán, todo suntuosidades verbales, sensualidad, lirismo, superstición y tragedia, se encuentra a su amor en un medio trágico, sensual, supersticioso, con asunto a propósito para derrochar verbo y color.

Los ciegos, los mendigos, los hampones, las prostitutas de antaño, reaparecen. Fatalidades sombrías; escandidas pasiones; lujuria y sangre; la coca del indio boliviano, la sugestión biomagnética de farandul iniciado “en la ciencia secreta de los Brahamanes de Bengala”; lo más sibilino y confuso de una conciencia universal obliterada, flota sobre la novela y la ciudad. Por la ciudad y la novela discurren en revueltos tropeles la india cubierta de zarapes y sabaniles, los caballos de la asonada revolucionaria, los fusileros y sicarios de un déspota...

El estilo barroco y apasionado de Valle-Inclán, opulento de léxico, la sintaxis fluente y varia, destituido en absoluto de cuanto agrave el período, pudiera servir como espécimen de lo que llamaron los Goncourt escritura artística. El autor anda lejos de sus juveniles concomitancias con Barbey d'Aureville, Casanova, D'Annunzio, Darío. Conserva lo temperamental. Pero su escritura artística, con ser tan suya, disimula apenas el entronque con el D'Annunzio de *La figlia de Jorio*. En cambio, nada debe al mosaísmo de Goncourt. Debe, sí, mucho a los poetas de América.

En *Tirano Banderas* fosforecen cuadros en fon-

do negro: tumultos callejeros en noches de fiesta popular, conventos de monjas ultrajadas, congales de daifas en cabello; cárceles, cuarteles, Montes de Piedad; la poblada pintoresca y sañuda que desafía al monstruo, los balcones del Casino español que lo aclaman; una criatura comida de cerdos, como en *Canaan*, de Graça Aranha, y una mazmorra, trágico hormigueo de sombras rebeldes, como en otras novelas americanas, a cuyo autor no debo mencionar.

¡Y los tipos! ¡El paso de los tipos!

Personajes señeros: un hombre que arrastra a la cola de su caballo a un prestamista; indios borrachos de pulque y tribunos borrachos de retórica; el diplomático con mimos de odalisca y el porfirócrata con suavidades de felino.

¡Qué arte tan pulcro!

Ya el toque del detalle psicológico, donde cabe toda la ideología del blanco acaparador: "el indio dueño de la tierra es una utopía de universitarios"; ya, en dos rasgos, toda la fisonomía física de un monstruo: Tirano Banderas, "una calavera con antiparras negras y corbatín de clérigo", rumia la coca y "en las comisuras de los labios tenía siempre una salivilla verde".

Sitúa Valle-Inclán la república de Tirano Banderas en los trópicos del Pacífico; y desarrolla el terror de su cobrizo Tiberio en la primera mitad del siglo XIX. Inútiles precauciones. Ni barbarócratas ni barbarocracias han desaparecido

por completo en América. Las ondas del mar Caribe bañan, al mediodía, el antro de Tiberio Banderas y ahogan con furor blanco y azul, sollozos de un pueblo emasculado.

Si pudiéramos asignar nombre propio a esa caricatura de Tirano, yo insinuaría el de Huertas, el azteca, aquel a quien llamaban sus discípulos "la oveja", por lo manso.

Del Tirano Banderas específico, llámese como se llame, pudiera exclamarse con el viejo y olvidado Rodrigo de Cota:

Donde mora este maldito
no jamás reina alegría,
ni amor, ni cortesanía,
ni ningún buen apetito.

III

¿Qué pensarán los puristas españoles de *Tirano Banderas*? Se llevarán las manos a la cabeza y pedirán misericordia. Jamás en libro español tan opulenta catarata de americanismos, modismos, barbarismos, se volcó con tal estruendo y tan cegador cabrilleo.

Evidente, resulta Méjico la patria de Tirano Banderas. Evidente, aunque no se trasluciera sino por aquellos corteses diminutivos en la expresión, compatibles con aquellos aumentativos despiadados en la crueldad; y coincidentes ambos con una

falsía de carácter a prueba de bombas, muy de mejicano. *Empeñitos de Quintín Pereda*, dice el rótulo de un Montepío peor que el patio de Monipodio.

Pero Valle-Inclán no habla de Méjico, sino de la inexistente y simbólica Santa Fe de Tierra Firme. En su calidad de narrador santafecino, terrafirmeño, no se limita a los provincialismos y modismos de tal o cual República, sino acapara en su lírico zurrón cuantos americanismos hubo a mano y los esparce a voleo, con amplio y curvo ademán de sembrador.

Zopilote, lépero, briago, chingado, gachupín, chamaco, guajolote, jarocho, guaco, son de Méjico; *mucama, tilingo, atorrante*, de Argentina; *pendejo, bochinche*, de Venezuela; *choteo*, de Cuba; *concho*, del Perú; *roto*, de Chile.

Valle-Inclán emplea todos esos provincialismos como de Santa Fe de Tierra Firme. Esos y ciento más. A veces marida provincialismos de un país con los de otro y forma expresiones inusitadas, que serían barbarolexis si se tratase de pueblos de idiomas diferentes. Así, *platicar* por conversar, es de Méjico, y *recién* por recientemente, de Argentina. Pues bien: Valle-Inclán, los une y dice: "*Recién lo platicaba*" (pág. 244). *Desde ya*, modismo de Bolivia y el Plata, lo alía también, si no recuerdo mal, con expresiones ajenas a esa región de América.

En Santa Fe de Tierra Firme o no existe cuño

nacional o corre moneda de otros países: *soles* del Perú, *bolivianos* de Bolivia, *bolívares* de Venezuela, *sucres* del Ecuador, *balboas* de Panamá.

La racha de americanismos no cesa hasta la muerte de Tirano Banderas—que se parece a la muerte histórica del Tirano Aguirre—, en la última página del libro. Abran ojos y orejas los gramáticos.

Con la *mangana*, el *chozo*, la *chapulla*, la *guayabera*, el *no me chingues*, los *pagos tropicales*, los *tamales*, la *moluca* y el *mitote* ya Tirano Banderas tiene de sobra para espeluznar a los más espeluznantes puristas. Y los puristas le darán al autor con frase queveduna, de bordonero y de gentecilla del Rastro. Pero el autor podrá responderles:

Una calentura osada
me trae con grande inquietud.
Como vos tengáis salud
lo demás no importa nada.